

despues de haberle entregado aquel lo que queria, volvió al lugar ya indicado á dirigir una alocusion á las tropas de su mando, haciendo pedazos en presencia de ellas las prendas que acababa de recibir. A continuacion emprendió su retirada tomando siempre el camino de Conotchel, mientras Cecilio Chí hacia su entrada en Tahoju de regreso de Maní, dando por resultado todo esto, la nulificacion de los tratados de Tzuh-cacab.

Entónces Barbachano se convenció de que no era posible pacificar el país por los medios que queria: desde entónces conoció que no habia mas recurso que la guerra, por cuya causa mandó que regresáran los fusiles que habia hecho salir para Tekax, volviendo él con su comitiva á la Capital. El General Llergo dispuso que se replegaran á Ticul las tropas de Oxkutzcab, procuró que fueran abandonadas las poblaciones de los alrededores, haciendo venir al punto referido, á los hombres útiles de ellas para tomar las armas, á fin de obligarlos á una defensa en que viesen comprometidos sus intereses, y por último, despues de haber dictado otras providencias, igualmente relativas á la defensa de la poblacion, salió de allí tambien con el objeto de procurar lo demas que habia que hacer.

En seguida se estableció un canton en Sacalum á las órdenes de D. Pablo Antonio Gonzalez, Teniente del Batallon de la *Ley*, (1) hombre que sin embargo de su subalterna graduacion supo cumplir en todo con su deber. Casi al mismo tiempo, el Teniente Coronel D. José Dolores Cetina que desde Diciembre del año próximo pasado habia ofrecido sus servicios al Gobierno, marchó á Ticul con trescientos hombres á incorporarse á su guarnicion, que ya con éstos vino á ser como de mil quinientos, distribuidos en una extensa línea de circunvalacion, con varios reductos y trincheras en las plazuelas de los caminos de Pustunich, Sacalum y Muna.

(1) Siendo esta la última vez que hablamos del batallon de la *Ley* diremos que era el mismo 1.º local, cuyo nombre se le dió en una nueva organizacion de tropas que se hizo en Marzo de 1847, pero el cual dejó de tener en Junio de 1848.

Una vez hecho todo esto, pronto los indios se fueron aproximando por diversas direcciones á la villa. Ya con fecha 13 de Mayo, el Teniente Coronel Morales que como hemos dicho en otra parte, mandaba la 1.ª division, participaba al Gobierno del Estado que las guerrillas exploradoras se habian encontrado con los atrincheramientos enemigos en los caminos de Oan, Nohcacab y Pustunich, y que aunque al presentarse aquellas, huyeron los bárbaros que allí se hallaban, habian tenido por conveniente replegarse en orden á la plaza, porque segun instrucciones de esta no debian comprometer su situacion.

Tambien, decia que las mismas guerrillas habian hecho prisionero á un indio de Tekax con su fusil, quien declaraba que él solo se habia venido á presentar: que el dia anterior debia llegar Jacinto Pat á dicha ciudad, con un número considerable de su fuerza: que él y cinco compañeros mas traian comunicaciones del referido Jacinto Pat, para el Gobierno del Estado; pero que el Capitan de Pustunich se las habia quitado, por lo que creía que aquellos eran del partido de Cecilio Chí, por cuya causa, se habia fugado para presentarse con su arma, alegando á la vez, no ser indio, sino vecino: que habia oido decir que Cecilio Chí iba á interponerse con los suyos, en los caminos de Oan, Chapab y Maní cayendo en seguida sobre Sacalum, á fin de aislar completamente á Ticul, por lo que concluía el Teniente Coronel Morales, manifestando que á su juicio, en vista de esto, pronto seria invadido aquel cuartel.

A los dos dias, el 15 del mismo mes, decia en otro parte oficial, que las guerrillas exploradoras que habian vuelto á salir en observacion, le habian manifestado que los atrincheramientos de los bárbaros estaban ya mas próximos, sin embargo de que en la noche anterior nada habia ocurrido de particular.

Por último, el 17, comunicaba el Teniente del batallon de la *Ley* D. Pablo Antonio Gonzalez que ya otras veces habia estado en Ticul no solo con el objeto de conducir par-

que y víveres, sino tambien para inspeccionar el tránsito, que eran las diez del día, hora en que se le acababan de presentar varias personas que se dirigian al mismo Ticul, declarando que por casualidad habian escapado de caer en manos de los indios que á una legua de distancia de dicha poblacion se hallaban formando atrincheramientos en número considerable, por lo cual, cumpliendo con las instrucciones que le habian sido dadas, emprendia su marcha en aquel instante con doscientos hombres, á fin de caer á retaguardia sobre el enemigo: que dejaba cubierto á Sacalum con doscientos hombres de infantería, y una pieza de artillería, al mando del Teniente don Pedro Presuel, á quien le habia comunicado las órdenes convenientes para un caso dado.

En seguida de esto, el Teniente Coronel Morales, dando cuenta de lo que habia ocurrido en Ticul, el diez y seis y diez y siete, manifestaba que los bárbaros en la tarde del día anterior, en los mismos momentos en que se ejecutaba á unos prisioneros, se habian presentado por los caminos de Sacalum, Chapab, Oan, Pustunich y Muna, anunciándose con cohetes innumerables que cruzaron por el aire, y haciendo un fuego vivo sobre sus atrincheramientos que les habia sido contestado del mismo modo, habiendo durado aquel, hasta las nueve de la mañana, hora en que dispuso que los salieran á batir dos secciones de á doscientos cincuenta hombres, la una al mando del Teniente Coronel don José Dolores Cetina, encabezada la otra por el Capitan don Gumesindo Ruiz: que estas tropas se estuvieron batiendo cinco horas por el camino de Nohcacab y Muna, sosteniéndose entre ellas y los sitiadores, un vivo tiroteo que dió por resultado treinta y un muertos por parte del enemigo, y veinte y dos heridos por la nuestra: que D. Pablo Antonio Gonzalez, cumpliendo con las instrucciones que de antemano le habia comunicado, habia salido de Sacalum con doscientos cincuenta hombres, quien despues de batir á retaguardia al enemigo, desalojándolo á viva fuerza de sus trincheras, desde la distancia de una legua en que le salieron

al encuentro, habia hecho su entrada tranquilamente á la plaza, conduciendo víveres y pertrechos de guerra que habia recibido de la Capital.

Hasta aquí, como verán nuestros lectores por el parte oficial á que nos hemos referido, los indios habian encontrado en los defensores de Ticul, así como en los que estaban acantonados en Sacalum, una resistencia digna por parte de los unos, una intrepidez heróica por la de los otros, habiendo continuado de este mismo modo en los días siguientes, mientras mas los sitiadores se esforzaban.

El 20 de dicho mes de Mayo, volvió á salir de Sacalum el intrépido Gonzalez, con el mismo número de fuerza con que habia salido tres días ántes, conduciendo parque para la division, venciendo los mismos obstáculos que por entonces se le presentaron. No tan pronto habia avanzado una legua de distancia de su cuartel, cuando le rompieron un vivo fuego las emboscadas, al mismo tiempo que tambien las trincheras de frente se lo hacian, hasta que pudo llegar á su destino con su acostumbrada serenidad, conduciendo no solo parque y víveres, sino tambien varios canastos de pan de que se apoderó en el tránsito, al desalojar á los bárbaros de sus trincheras. Ese mismo día, por la tarde, emprendió su marcha de regreso á Sacalum, conduciendo cuarenta heridos y varias piezas de artilleria que se regresaban por inútiles á la Capital, habiéndole caído en el cabo mismo de la poblacion, un número considerable de indios que se propusieron disputarle el paso, y por cuyo motivo se travó entre los unos y los otros un combate sério que duró hasta las oraciones de la noche, hora en que no solo por esta causa, sino tambien por un fuerte aguacero que amenazaba, contramarchó á la plaza, dejando su salida para despues. Al día siguiente con tal motivo, volvió á emprender su marcha, auxiliado con doscientos hombres mas de la guarnicion, hasta el cabo, desde donde continuó él batiendo al enemigo en todo el tránsito hasta que hizo su entrada en Sacalum.

Tambien en Ticul, el día anterior, habia habido un combate

rudo en la plazuela del camino de Pustunich, en donde los bárbaros en número como de mil quinientos ó dos mil, habían salido tres veces de sus atrincheramientos para asaltar con la mayor audacia, un reduéto cubierto con ciento cincuenta hombres de nuestras tropas, á las órdenes del valiente Capitan D. Laureano Pérez. Por esta razon, el Teniente Coronel Cetina, en union de los Capitanes D. Gumesindo Ruiz y D. Felipe Pren que acababan de regresar del camino de Muna, en donde se habian estado batiendo casi todo el dia, acudieron allí inmediatamente, habiendo salido estos dos últimos á flanquearlos, con lo cual se consiguió retirarlos á sus puestos, no sin haberles causado daños de alguna consideracion por haberse usado de la artilleria á muy poca distancia de ellos. A tal extremo llegaba sin embargo su atrevimiento, que se subian á unos hermosos árboles de ramon, desde los cuales asestaban sus tiros á los artilleros, derribando á cuantos se aproximaban á las piezas. Con este motivo, el Teniente Coronel Cetina, hizo dirigir nutridas descargas á las copas de dichos árboles, que dió por resultado el que cayeran muertos muchos de ellos, pagando de este modo su temeridad.

Dos dias despues de este acontecimiento, participaba Gonzalez desde Sacalum, que al dia siguiente debia emprender su marcha por tercera vez para Ticul, pasando por la hacienda Suma, de donde recibian recursos los que sitiaban dicho punto, así como de donde salian tambien los indios que obstruian el camino carretero por el cual debia pasar el Capitan D. Tranquilino Puerto, mientras él se dirigia á la referida hacienda, á fin de que obrando en combinacion ambas fuerzas, pudiesen obtener sobre los bárbaros un seguro triunfo que diese mejores resultados á las tropas sitiadas en Ticul. Sacalum quedó guarnecido por una fuerza que bajó de Muna, á las órdenes del Capitan D. Cándido Gonzalez.

Desgraciadamente sin embargo, solo una de las dos secciones que salieron pudo llegar á Ticul sin novedad. Gonzalez consiguió su objeto de sorprender á Suma, en donde

despues de haber dispersado á los que encontró, apoderándose de algunos víveres, haciéndoles varios muertos, y cogiendo en el sombrero de uno de ellos la correspondencia que el primer Ayudante Fajardo dirigió á Juan de Dios May desde Tzutuk, lo cual demostraba que hasta los indios del partido de los Chenes habian concurrido á la campaña en que estaban empeñadas nuestras tropas, consiguió llegar á su destino, siempre batiendo á retaguardia los atrincheramientos del enemigo en el cabo de la poblacion. Otra empero, fué la suerte del Capitan Puerto que marchó por el camino real; confundido este hombre desgraciado por el fuego de las emboscadas retrocedió en completa dispersion á Sacalum, persiguido por los indios que lo siguieron hasta el mismo pueblo, habiendo dado por resultado el que arrastrara en su fuga á los que allí quedaron aunque por diversas direcciones: él tomó con su fuerza despavorida el camino de la Capital, mientras el Capitan D. Cándido Gonzalez el de Muna con la suya, dejando ambos en completo abandono un puesto que era de tanta importancia para Ticul, el cual fué incendiado en el momento, muriendo ademas quince ó veinte personas que cayeron en manos de los sublevados.

D. Pablo Antonio Gonzalez, que supo aquel acontecimiento por el humo del incendio que se divizó en Ticul, pidió una fuerza de auxilio en el instante, y con solo treinta hombres, únicos que pudo conseguir para incorporar á los que tenia, salió de allí con direccion á Sacalum resuelto á recuperarlo á todo trance, aun cuando para ello tuviese que sufrir pérdidas de alguna consideracion. Y no solo consiguió en efecto recuperarlo, sino que habiendo encontrado á una legua de distancia á sus incendiarios, los batió victoriosamente, salvando á las familias que llevaban prisioneras, en cuyo trance se distinguió por su valor el Teniente D. Joaquin Mézquita que habia concurrido á las diversas expediciones á Ticul, sirviendo en todo con marcada resolucion.

Pero una vez incendiado Sacalum, no podian permanecer allí las tropas entre pavesas y cenizas sin recursos en lo ab-

soluto para subsistir, ni podían estar con serenidad en un lugar como aquel en que rodeados de cadáveres, de sangre y ruinas, eran estas cosas á cada instante para sus ojos, una prueba palpitante de la ferocidad de los sublevados tenaces en hacer sucumbir á Ticul. Gonzalez por esta causa tuvo por conveniente pasar á la Capital, dejando en Uayalceh la fuerza casi desmoralizada que tenia, á fin de reponerla ó por lo ménos equilibrarla con otra que le diesen para regresar. Y tan fundados eran por cierto los temores que abrigaba, que no tan pronto salió de Uayalceh, cuando la 5.^a compañía del 1.^o local, una de las que formaban parte de su seccion, se insurreccionó contra sus oficiales al grito sedicioso de ¡á Mérida, á Mérida! hecho que causó una gran alarma; pero que afortunadamente se pudo contener, comunicándose inmediatamente al General Llergo, para que dispusiese lo que fuese conveniente sobre el particular.

Entónces, el General que ya habia hablado con Gonzalez, lo hizo salir en el momento con una fuerza extraña, compuesta en su mayor parte de los emigrados de Maní, dándole instrucciones para que reorganizando la que habia dejado en Uayalceh, continuara sin demora á recuperar á Sacalum, poniendo en su conocimiento lo que sucedia en Ticul, de cuyo punto no tenia noticia desde la pérdida del mismo Sacalum.

Naturalmente su marcha fué violenta; pues habiendo salido de la Capital, á media noche el 24, al dia siguiente 25, comunicaba al General en Jefe á las diez del dia, que habia llegado á Uayalceh sin novedad, que habia procurado calmar la fuerza que habia dejado en dicho punto, y por último, que en seguida continuaba apresuradamente para Sacalum, cumpliendo con las instrucciones que le dió. Pocas horas despues, el Capitan D. Secundino Gallareta, Comandante del canton de Uayalceh decia al mismo General en Jefe, que habia salido ya dicha fuerza para Sacalum, punto que segun noticias positivas habia sido abandonado por los bárbaros, razon por la que creia con fundamento que no habia de en-

contrar novedad en todo el tránsito hasta llegar al referido Sacalum. Que en cuanto á la tropa que servia á sus órdenes, descansara en la mayor vigilancia que guardaba, así como en la mejor disposicion que tenia de rechazar al enemigo, caso de que tuviese la osadía de presentársele por allí.

Gonzalez en efecto, recuperó tranquilamente á Sacalum, mandó sepultar los cadáveres que eran pasto de los perros y los cerdos, formó en seguida sus atrincheramientos en las esquinas de la plaza, preparándose á salir despues en observacion del enemigo; pero ya era tarde para que sus operaciones produjesen un buen resultado en favor de las tropas sitiadas que era lo que queria.

Perdido Sacalum, los indios favorecidos de su número reconcentraron sus esfuerzos sobre Ticul. Grandes bandadas de ellos en los alrededores, aproximaron sus atrincheramientos con la mayor audacia, tirándose boca arriba al suelo, y empujando enormes piedras con la punta de los pies para librarse de los fuegos de la artillería que tenian encima, mientras otros hacian llover sobre las avanzadas á distancia de treinta ó cuarenta pasos una constante granizada de balas, que daba por resultado el que hubiese un fuego vivo en toda la línea de defensa con grave perjuicio de la plaza por el parque que se consumia. Sensible era por cierto esta circunstancia, y los Jefes hicieron todo lo posible para economizar los pertrechos con que contaban; pero á ello daban lugar los indios que provocaban hasta con burla, validos de su número como acabamos de decir. Muchos de ellos, bárbaramente, sin temor á la metralla y bala raza que se les dirigía, salian sobre el camino, vestidos de mujer, á unos cuantos pasos nada mas de la trinchera, en donde se ponian á bailar los unos con los otros, al son de alguna guitarra que tocaban, dejando escuchar al mismo tiempo sus cantos tradicionales, que eran como un himno de alegría que los entusiasmaba. Otros, haciendo irrision de los trajes que repugnaban, como vestido de aquellos de quienes habian recibido graves daños, salian vestidos de pantalon, chaleco, casaca y sombrero de pelo, con

la cara pintada de negro, prorumpiendo en improperios contra nuestras tropas. Natural era que por esta causa se sostuviera de día y de noche entre los unos y los otros un fuego tenaz de fusilería, que vino á parar por fin, en que se abandonara el punto, tanto por esto, cuanto por haberse perdido Sacalum.

Con este motivo, el 26 de Mayo, un dia despues del regreso de Gonzalez de la Capital, dispuso el Jefe principal que el Teniente Coronel Cetina, saliera con trescientos hombres á atrincherarse en una pequeña hacienda llamada San Joaquin, con el objeto de proteger la salida de las familias y de la guarnicion, dándose para el efecto las órdenes correspondientes á la línea. Una vez hecho esto, empezáronse á replegar las avanzadas, y á salir en órden de secciones, disponiéndose que partieran primero las familias; mas como cuando esto se verificaba, los indios se desprendieron del camino de Sacalum y penetraron á la plaza por diversas direcciones, cundió en las filas el desórden mas espantoso que se pudiese dar: parte de las familias fueron macheteadas inhumanamente; las tropas se precipitaron unas en pos de otras pisoteando á los que caían, sin querer escuchar á los oficiales que se interponian entre ellas para contenerlas, dos ó trescientos hombres vecinos de Ticul, que habian sido organizados de antemano para que cubrieran la retaguardia como prácticos, se desvandarón igualmente, causando en el bosque á donde se tiraron, un ruido tan espantoso que no parecia sino un horrible huracan en medio de la mas deshecha tempestad.

Afortunadamente, luego que llegaron á la hacienda San Joaquin, en donde como hemos dicho se hallaba atrincherado el Teniente Coronel Cetina, dejaron de ser perseguidos por los indios que se entretuvieron en saquear, así como en incendiar el hermoso caserío de paja de Ticul, con cuyo motivo ya mas tranquilamente pudieron continuar aunque por caminos extraviados, por la direccion de Uayalceh, sufriendo en todo el tránsito una sed desesperada que hizo morir

á algunos, contándose entre ellos al Cacique, aquel desgraciado que para desvanecer las sospechas de conspiracion que se le atribuia, habia pasado su habitacion á la audiencia del mismo Ticul.

Al dia siguiente, desde las cinco de la tarde, empezaron á hacer su entrada en Uayalceh, por diversas fracciones, confundiéndose entre ellas los Jefes y Oficiales, sin procurar que se organizáran no solo por el cansancio y la dispersion, sino tambien por la falta de disciplina que se resentia. Así las cosas, fueron abandonadas igualmente, Sacalum y Muna, como consecuencia necesaria, anunciándose al General en Jefe lo que habia pasado, para su superior resolucion.

Éste en su virtud, dió al Teniente Coronel Morales otro destino en la campaña, nombró á Cetina, hecho ya Coronel, comandante de la 1.^a division, y por último, creyendo que debia procederse con energía para contener la desmoralizacion de la Guardia Nacional dispuso que fueran castigados severamente los soldados de la 5.^a compañía del 1.^o local que despues de la desocupacion de Ticul, habian vuelto á cometer el delito de insubordinacion contra sus Jefes, para lo cual previno que fuesen despojados de las ginetas y escuadras los cabos y sargentos de dicha compañía, aplicándose á los mas culpables la pena de cien palos á la hora de parada en presencia de las otras tropas de la division. Dejemos sin embargo, en Uayalceh, á dichas tropas, desde donde continuaremos nuestro trabajo, cuando hablemos de los otros acontecimientos que se siguen, no sin reproducir una proclama conmovedora con que el Teniente Coronel Morales se despidió de ellas al partir para la Capital. Hela aquí.

“MIS AMIGOS: amargas y duras pruebas teneis del plan perverso que cada día con mas tenacidad llevan á cabo los indios sublevados. Esto que tanto amenaza nuestras vidas y la existencia del Estado, requiere de vosotros nuevos esfuerzos, es necesario que sean grandes y heroicos; mas para que así sean os recomiendo en nombre de la patria moribunda, valor, sufrimiento y subordinacion, porque son las virtudes

únicas que harán inmortales vuestros nombres, las únicas que salvarán de las manos del bárbaro á las esposas é hijos vuestros á quienes consagrais el amor mas puro.

“Por orden superior me separo de vuestro lado, sintiendo no participar de los triunfos á que os conducirán el valor que ya veo acrecer en vuestros pechos, y la pericia del nuevo Jefe que ha de mandaros; pero me separo no para descansar de las fatigas de la guerra, sino para ocupar en la presente campaña otro destino donde el Sr. General en Jefe me considera útil. Seguid el entusiasmo y decision del que desde hoy estará á vuestra cabeza, y yo sabré bendeciros, si obedientes y valerosos salvais á la patria del inminente peligro que está corriendo. Tales son los deseos de vuestro compañero y mejor amigo.—Uayalceh, Mayo 30 de 1848.—*Alberto Morales.*”

Entre tanto, la guerra ardia tambien del mismo modo por los partidos de Izamal y de Motul, únicos pueblos que servian de antemural á Mérida, despues de la pérdida de Ticul. Posesionados los indios de todas las ricas poblaciones del Oriente, pronto empezaron á derramarse por los lugares de la costa, marchando al mismo tiempo á las inmediaciones de Izamal.

El 7 de Mayo habian tenido ya con ellos las tropas de la 5.^a division un encuentro en el rancho Kokolchen, en donde les hicieron siete muertos, cogiéndoles ademas once prisioneros que unánimes declararon la marcha de fuerzas considerables que debian venir de Valladolid.

A los pocos dias fué invadido el pueblo de Oílam, cuya guarnicion dió una prueba de heroicidad, batiéndose todo el dia con el enemigo, hasta que consumido el parque con que contaba, emprendió su retirada para Oíantun, no para quedarse allí, sino para volverlo á recuperar en la primera oportunidad.

Al dia siguiente en efecto, encabezados por el Presbítero D. José Maria Castillo, bajo cuyas órdenes se pusieron aquellos valientes soldados, no solo recuperaron su incendiado pue-

blo, sino que persiguieron á los bárbaros hasta una hacienda llamada Oitox, en donde les hicieron varios muertos y los acabaron de dispersar. Con el Presbítero Castillo, eran ya dos los clérigos que habian cambiado el incensario por la espada, en la guerra contra los indios: su compañero Urruñá en la defensa de Maní, y él en la defensa y recuperacion del pueblo de Oílam.

Por esos mismos dias, una fuerza situada en Sitilpech, como en observacion, habia sido acometida dos veces por las grandes turbas que bajaban del Oriente á sitiar por diversas direcciones á Izamal, habiendo sido tambien dos veces derrotadas, con pérdidas de alguna consideracion, auxiliados los defensores del pueblo referido por el Teniente Coronel Baledon, quien para el efecto salió con una fuerza de trescientos hombres, de la plaza del mismo Izamal. Rudos por cierto, fueron esos dos combates de que hablamos, habiéndose conseguido en el último un importante triunfo que costó á los indios, perseguidos victoriosamente hasta la hacienda Balantun, treinta y seis cadáveres, varias banderas encarnadas, algunas escopetas, muchos palos ahusados de que se servian, morrales llenos de cartuchos, chifles con pólvora, ropa y otras cosas que no se pudieron llevar, prueba evidente todo esto de lo que entónces tuvieron que sufrir.

Distinguíronse por su imperturbable valor en estas funciones de armas, el Teniente Coronel Baledon y su Ayudante D. Primo Feliciano Pérez, así como los oficiales del batallon *Ligero*, entre los cuales se contaba el Capitan Ongay, aquel que causó la célebre derrota de Onotché, pero aquel tambien que siempre daba pruebas de heroica decision. En fin, la fuerza auxiliadora se retiró para Izamal, despues de aquel encuentro, sin embargo de que los indios al dispersarse, ofrecieron volver á vengar las pérdidas que habian sufrido, con el incendio de Sitilpech.

Y cumplieron en efecto su palabra, pues á los cinco dias, el 14 de Mayo nada menos, amaneció tan estrechamente sitiado Sitilpech, que no solo habian formado sus atrinche-

mientos en las esquinas que desembocaban á la plaza, trepándose en los árboles para aprovechar desde sus empinadas copas los tiros que acestaban á la guarnicion, sino tambien en todos sus alrededores hasta la distancia de un cuarto de legua que cuajaron con sus emboscadas.

Naturalmente, al divisarse desde el cuartel general, el humo, el polvo, todo aquello en fin, que revelaba la violenta situacion de Sitilpech, salió inmediatamente una fuerza con el objeto de auxiliarlo, siempre á las órdenes del Teniente Coronel Baledon, quien para mas seguridad llevó una pieza de artillería. ¡Inútiles esfuerzos!

No habia llegado ni á una legua de distancia dicha fuerza, cuando envuelta en el tupido fuego de las emboscadas se desconcertó completamente, á las inmediaciones de una hacienda llamada Chobenché, sin embargo, de que algunos haciendo un esfuerzo desesperado, echaron pecho á tierra afrontando como les fué posible la situacion.

Así las cosas, el valiente Oficial D. Estéban Ramirez, regresó violentamente á Izamal con el objeto de pedir auxilio, habiéndosele dado ciento cincuenta hombres mas y otra pieza de artillería, con cuyo refuerzo pudieron avanzar hasta Sitilpech, aunque á costa de grandes sacrificios, como que tuvieron de pérdida mas de cuarenta muertos y sesenta heridos, contándose entre los primeros, el Subteniente D. Manuel Oviedo, así como entre los últimos, los Capitanes D. Diego Ongay y D. Andres García, de cuyas consecuencias murió este último en la Capital, á los pocos dias, dejando á su familia en la orfandad.

Ademas de esto, la entrada de la fuerza auxiliadora en Sitilpech, habia venido á ser tan inútil, que apenas pudieron reunirse los Jefes y Oficiales con gran trabajo en una esquina de la plaza para tratar de lo que habian de hacer, habiendo dado por resultado el que resolvieran forzar el sitio por un punto determinado para dirigirse por el camino ménos peligroso á Izamal, abandonando sus pertrechos que de ninguna manera podian llevar.

Entonces fué cuando todo se perdió. Los indios al replegarse las avanzadas, se precipitaron sobre ellas, acabando á machetazos á los heridos, incendiando el pequeño pueblo por todas direcciones, interponiéndose por cualquier lado que se dirigia la tropa, hasta que dispersa ésta con sus Jefes y Oficiales sin rumbo fijo, avanzaron persiguiendo á los fugitivos hasta las mismas inmediaciones de Izamal. De cerca de seis ú ochocientos hombres que salieron, solo habian llegado tres ó cuatrocientos al punto referido, que desde aquella fecha se puso en actitud de resistir el sitio que pronto habia de tener que sufrir.

El General en Jefe Llergo, en vista de esto, ordenó al Coronel D. Juan José Méndez que se situara con su fuerza en Citilcum para obrar en combinacion con las tropas de Izamal, disponiendo al mismo tiempo que el Comandante de la 5.^a division se pusiera de acuerdo con él en todo lo relativo á la defensa de la comarca de Motul que tambien habia de contribuir en beneficio de las tropas que fuesen sitiadas en el mismo Izamal.

Bello por su parte, hizo salir á los heridos para la Capital, custodiados con una fuerza de ciento cincuenta á doscientos hombres á las órdenes del Teniente Coronel Baledon, desembarazándose de ellos para la resistencia que se trataba hacer. Méndez cumpliendo con las instrucciones que le fueron comunicadas, movió su campamento de Cacalchen y fué á situarse sin pérdida de tiempo á Citilcum, desde cuyo punto dió principio en el momento á sus operaciones.

Con fecha 18 de Mayo, participaba que los bárbaros habian incendiado Tepakam, amagando muy de cerca á Teya, por lo cual habia dispuesto que se dirigiera á Tekañtó con una fuerza de caballería, el Capitan D. Patricio O'Horan, para que unido á otra de infantería que habia en dicho punto, auxiliase si fuese posible todavia al referido Teya.

El Coronel Cosgaya, destacó tambien desde Motul sesenta hombres á las órdenes del Capitan D. Eulalio Paredes, y ciento mas del cuartel de Temax para obrar en combinacion